



CHARLES C. MANN

1491

Una historia de las Américas
antes de Colón

Capitán Swing®

1491

Una historia de las Américas
antes de Colón

CHARLES C. MANN

Traducción de

**Miguel Martínez-Lage
y Federico Corriente**

Capitán Swing 

Sobre las notas al pie

Todo libro se construye a partir de otros, como se suele decir, y en este sentido este es ejemplar. Vale la pena pensar la lista de textos que se despliega en las notas al pie como si fueran las instrucciones de un arquitecto para proceder a la construcción de *1491*. Sin embargo, esta lista es más selectiva, ya que consta solamente de las obras consultadas que han sido necesarias para aclarar un punto en particular, y no todas aquellas obras que se han empleado en la construcción del libro. Caso de ser posible, cito versiones impresas en lengua inglesa de todas las fuentes. Muchos textos se pueden encontrar también *online*, aunque las URL cambian a tal velocidad que he preferido no enumerarlos siempre que me ha sido posible.

Aunque tal vez parezca paradójico, algunas obras han tenido tal importancia en este libro que mis notas las tratan de manera muy sucinta; se hallan en todo momento en el telón de fondo, aunque rara vez se citan para aclarar una cuestión específica. En la primera parte, estas obras serían por ejemplo *Los incas*, de Terence d'Altroy; *Changes in the Land*, de William Cronon; *El intercambio transoceánico e Imperialismo ecológico*, de Alfred W. Crosby; *La conquista*

de los incas, de John Hemming; *Indians and English*, de Karen Ordahl Kupperman; *Historia del Tahuantinsuyu*, de María Rostworowski; por último, *Manitou and Providence*, de Neal Salisbury.

A medida que iba hilvanando la segunda parte, entre los libros que hicieron constante compañía al teclado se hallan los siguientes: *El mundo olmeca*, de Ignacio Bernal; *Armas, gérmenes y acero*, de Jared Diamond; *Ancient North America*, de Brian Fagan; *Prehistoria de América*, de Stuart Fiedel; una colección de ensayos editada por Nina Jablonski con el título de *The First Americans*; el número especial del *Boletín de Arqueología PUCP*, editado por Peter Kaulicke y William Isbell; *The Tiwanaku*, de Alan Kolata, el maravilloso *Incas and Their Ancestors*, de Mike Moseley, y los escritos históricos de David Meltzer, que tengo la esperanza de editar alguna vez en forma de libro, para que quienes somos como yo no tengamos que guardarlos en montones de fotocopias.

La tercera sección a veces parece una especie de estribillo ampliado sobre el tema de los tres libros de la serie *Cultural Landscapes*, reunidos por William Denevan y escritos por Denevan con Thomas M. Whitmore y B. L. Turner II, así como William E. Doolittle. Pero también me he basado mucho en aquel número especial, de septiembre de 1992, de los *Annals of the Association of American Geographers*, que editó Karl Butzer; en los ensayos de *The Great New Wilderness Debate*, editados por J. Baird Callicott y Michael P. Nelson; en el recio libro de fuentes de Michael Coe titulado *The Maya*; en *Cahokia Atlas*, de Melvin Fowler; en *Ecological Indian*, de Shepard Krech; en

el asombroso *Crónica de los reyes y reinas mayas*, de Simon Martin y Nikolai Grube; por último, en dos libros sobre la *terra preta* (y muchas más cosas), *Amazonian Dark Earths: Explorations in Space and Time*, editado por Bruno Glaser y William Woods, y en *Amazonian Dark Earths: Origin, Properties, Management*, editado por Johannes Lehmann *et al.* (Las citas completas se encuentran en la bibliografía).

También es cierto que un libro de esta extensión a la fuerza tiene que dejarse en el tintero algunas cosas, habida cuenta de la magnitud de la temática que abarca. Así, he hecho caso omiso de los habitantes de los extremos norte y sur de las Américas, y apenas me he ocupado de los de la costa noroeste. La decisión más dolorosa, no obstante, fue la omisión, una vez escrita, de una parte dedicada al oeste norteamericano. Mis escrúpulos remitieron gracias a la reciente aparición del libro de Colin Calloway *One Vast Winter Count*, magnífica síntesis de prácticamente todo lo que se sabe al respecto.

1491

Una historia de las Américas
antes de Colón

Para la mujer del
despacho de al lado.
Sin una sola nube,
como todo lo demás.

C. C. M.



América indígena, 1491.

Prefacio

Las semillas de este libro se remontan, al menos en parte, a 1983, año en que escribí un artículo para *Science* sobre un programa de la NASA cuyo objetivo era medir los niveles de ozono en la atmósfera.

En el tiempo que dediqué a informarme acerca de ese programa, hice un vuelo con un equipo de investigación de la NASA en un avión equipado para tomar muestras y realizar análisis de la atmósfera a treinta mil pies de altura. En un momento determinado, el grupo aterrizó en Mérida, península de Yucatán. Por la razón que fuera, los científicos disponían de un día libre, y entre todos alquilamos una desvencijada furgoneta para ir a ver las ruinas mayas de Chichén Itzá. Yo no sabía absolutamente nada de la cultura mesoamericana; es posible que ni siquiera estuviera familiarizado con el término «Mesoamérica», que abarca la región comprendida entre el centro de México y Panamá, incluyendo Guatemala y Belice, así como parte de El Salvador, Honduras, Costa Rica y Nicaragua, tierra natal de los mayas, los olmecas e innumerables grupos indígenas. Momentos después de subirnos en la furgoneta, el entusiasmo se había apoderado ya de mí.

Por mi cuenta, unas veces de vacaciones, otras haciendo algún trabajo por encargo, volví después a Yucatán unas cinco o seis veces, tres de ellas en compañía de mi amigo Peter Menzel, reportero fotográfico. Por encargo de una revista alemana, Peter y yo hicimos un viaje de doce horas en coche por un camino intransitable (lleno de baches de una profundidad indescriptible y sembrado de barricadas a causa de los troncos caídos) hasta la metrópoli maya de Calakmul, por entonces todavía sin excavar. Nos acompañó Juan de la Cruz Briceño, también maya, encargado de cuidar otra ruina de menor tamaño. Juan había dedicado veinte años de su vida a ejercer de *chiclero*, es decir, a recorrer la jungla durante semanas interminables en busca de los árboles del chicle, cuya resina gomosa, que los indios han secado y han masticado durante milenios, se convirtió en el siglo XIX en el punto de partida de la industria de la goma de mascar. Una noche, en torno a una fogata de campamento, nos estuvo hablando de las antiguas ciudades con las que había tropezado en sus recorridos por la selva, envueltas por las enredaderas y ocultas por la vegetación, y nos refirió su asombro al enterarse por algunos científicos de que aquellas ciudades las habían construido sus antepasados. Aquella noche dormimos en unas hamacas, entre lápidas talladas a mano, cuyas inscripciones no había leído nadie desde hacía más de mil años.

Mi interés por los pueblos que habitaron las Américas antes de la llegada de Colón solo comenzó a cobrar verdadero sentido y definición en el otoño de 1992. Por azar, un domingo por la tarde me encontré ante un expositor en la biblioteca universitaria de Columbia y allí vi

un ejemplar del número dedicado al quinto centenario de los *Annals of the Association of American Geographers*. Tomé la revista con curiosidad, me acomodé en un sillón y me dispuse a leer un artículo de William Denevan, un geógrafo de la Universidad de Wisconsin. El artículo arrancaba con un interrogante: «¿Cómo era el Nuevo Mundo en tiempos de Colón?». Eso es, me pregunté: ¿cómo era de verdad?

¿Quiénes vivían aquí, qué se les pasó por la cabeza cuando las velas de los primeros barcos europeos asomaron por el horizonte? Terminé de leer el artículo de Denevan y pasé a otros, y no dejé de leer hasta que el bibliotecario apagó las luces para indicarme que era hora de cerrar. Yo no lo sabía entonces, pero Denevan y otros muchos colegas suyos de investigación habían dedicado toda su carrera al intento de dar respuesta a estas y otras preguntas semejantes. La imagen que han conseguido forjar es muy distinta de la que la mayoría de los americanos y los europeos tienen por segura, y aún se sabe poca cosa a este respecto fuera de los círculos de los especialistas.

Uno o dos años después de leer el artículo de Denevan, participé en una mesa redonda con motivo de la reunión anual de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia. En la sesión, titulada algo así como «Nuevas perspectivas sobre el Amazonas», participó William Balée, de la Universidad de Tulane. La charla de Balée giró en torno a las junglas «antropogénicas», es decir, junglas «creadas» por los indios siglos o milenios atrás, concepto del que yo nunca había oído hablar. Balée comentó algo que Denevan ya había tratado: son muchos los investigadores

que hoy creen que sus predecesores subestimaron el total de la población de las Américas en el momento de la llegada de Colón. «Los indios eran mucho más numerosos de lo que se pensaba», afirmó Balée, «mucho más numerosos». «Caramba —me dije—, alguien tendría que poner todo esto en limpio. Se podría hacer un libro fascinante con estos datos».

Seguí a la espera de que ese libro viera la luz. La espera fue siendo cada vez más frustrante, y más aún cuando mi hijo empezó a ir al instituto y allí le enseñaron las mismas cosas que a mí, convicciones que yo sabía que estaban puestas en tela de juicio desde mucho tiempo atrás. Como parecía que nadie había acometido la escritura de ese libro, al final decidí probar suerte. Al mismo tiempo, había aumentado mi curiosidad, y deseaba saber más. El libro que ahora tiene el lector en las manos es el resultado de ese deseo.

Pero quizá convenga aclarar lo que no es este libro. De entrada, no pretendo proponer una relación sistemática y cronológica del desarrollo cultural y social del hemisferio occidental antes de 1492. Semejante ensayo, de una gran ambición espacial y cronológica, sería imposible de redactar, pues cuando el autor llegase al final del lapso previsto, se habrían realizado nuevos hallazgos, y el comienzo de su empresa estaría ya anticuado. Entre las personas que me aseguraron que así sería, figuran los propios investigadores que han dedicado buena parte de las últimas décadas a luchar contra la pasmosa diversidad de las sociedades precolombinas.

Tampoco es una historia intelectual de los recientes cambios de perspectiva entre los antropólogos, ecólogos, geógrafos e historiadores que estudian las primitivas poblaciones del continente americano. Eso también resultaría una pretensión vana, pues las ramificaciones de las nuevas ideas todavía se extienden en múltiples direcciones, de modo que es sumamente difícil que un solo autor las contenga en una única obra.

En cambio, con este libro sí pretendo explorar lo que considero los tres ejes principales de los nuevos hallazgos: la demografía de los indios (primera parte), los orígenes de los indios (segunda parte) y la ecología de los indios (tercera parte). Por ser tantas las sociedades que ilustran cada uno de estos apartados, no podía ni de lejos aspirar a ser exhaustivo. Por el contrario, he escogido mis ejemplos entre aquellas culturas que están mejor documentadas, o que han recibido mayor atención, o que me resultaban a mí, como a otros, más sugerentes.

A lo largo del libro, como el lector ya se habrá dado cuenta, empleo el término «indio» para hacer referencia a los primeros pobladores de las Américas. Sin ningún género de dudas, «indio» es un término que propicia la confusión y que históricamente resulta poco apropiado. Es probable que la designación más exacta de los habitantes originarios de las Américas sea el término «americanos». Utilizarlo, en cambio, sería arriesgarse a crear confusiones mucho peores. En este libro trato de referirme a cada pueblo mediante el nombre que se daban ellos a sí mismos. La inmensa mayoría de los pueblos indígenas que he encontrado tanto en el norte como en el sur de América se

describen como indios. (Para mayor abundancia en la nomenclatura, véase el apéndice A, «Palabras lastradas»).

A mediados de la década de 1980 viajé a la localidad de Hazelton, en el tramo más alto del río Skeena, en la Columbia Británica. Muchos de sus habitantes pertenecen a la nación gitksan (o gitxsan). En la época en que les hice aquella visita, los gitksanes acababan de entablar un pleito contra los Gobiernos tanto de la Columbia Británica como de Canadá. Deseaban que tanto el Gobierno autónomo como el Gobierno de la nación reconocieran que los gitksanes habían sido habitantes de aquellas tierras desde hacía muchísimo tiempo, que nunca habían emigrado de aquellas tierras, que nunca habían accedido a entregárselas a nadie y que, por tanto, habían conservado su derecho legal a ser dueños de unas once mil millas cuadradas de la provincia. Estaban muy dispuestos a negociar, según afirmaban, pero no lo estaban, en cambio, a que se negociara con ellos.

Al sobrevolar la zona, me di perfecta cuenta de por qué los gitksanes tenían tan intenso apego por ella. El avión pasó por las laderas nevadas de los montes que circundaban el Rocher de Boule y llegó a la confluencia de dos boscosos valles fluviales. La niebla parecía emanar de la misma tierra. La gente pescaba en los ríos tanto truchas plateadas como salmones, aun cuando se hallaban a doscientos cincuenta kilómetros de la costa. La tribu gitanmaax de la etnia gitksan tiene su centro de operaciones en Hazelton, aunque la mayoría de sus miembros viven en una reserva fuera de la localidad. Fui en coche a la reserva, donde Neil Sterritt, jefe del consejo de

los gitanmaax, me explicó la causa en litigio. Era un hombre franco, directo, de voz contundente, que había empezado por ser ingeniero de minas y que luego había regresado a su tierra natal dispuesto a entablar una dilatada batalla legal. Tras múltiples juicios y recursos, el Tribunal Supremo de Canadá decretó en 1997 que la Columbia Británica debía renegociar el estatus de las tierras con los gitksanes. En 2005, dos décadas después de la primera demanda, aún proseguían las negociaciones.

Tras un rato de charla, Sterritt me llevó a ver 'Ksan, un parque temático de corte histórico y una escuela de arte creados en 1970. En el parque estaban recreados algunos barracones, cuyas fachadas decoraban los elegantes arcos rojos y negros del arte indio de la costa noroeste. En la escuela de arte se enseñaba a los indios de la región la técnica de traducir los diseños tradicionales en grabados. Sterritt me dejó en un almacén de la escuela y me dijo que echase un vistazo alrededor. Allí había tal vez más cosas de las que él imaginaba, pues rápidamente encontré lo que parecían cajas de almacenamiento llenas de antiguas y bellísimas máscaras. Al lado, había una pila de grabados modernos, parte de los cuales habían recurrido a los mismos patrones. Y había también cajas de fotografías, viejas y recientes, de muchas y muy espléndidas obras de arte.

En el arte propio de la costa del noroeste, los objetos se aplanan y se distorsionan; es como si hubieran pasado de la tridimensionalidad a la planicie de las dos dimensiones y luego se hubieran doblado como obras de papiroflexia. Al principio me costó mucho interpretar los diseños, pero

poco a poco hubo unos cuantos que parecían brotar de la superficie. Constaban de líneas claras que delimitaban el espacio en formas a la vez simples y complejas, objetos envueltos en otros objetos, criaturas rellenas de sus propios ojos, seres humanos que eran a medias animales, y animales que eran a medias seres humanos: todo era pura metamorfosis y conmoción surrealista.

Unos pocos de los objetos que vi allí los capté de inmediato; muchos otros no los entendí ni de lejos, y algunos que creía entender probablemente no los entendía. Otros, me dije, ni siquiera los propios gitksanes terminaban de captarlos, del mismo modo que la mayoría de los europeos de hoy en día no pueden en verdad comprender el efecto que tiene el arte bizantino en el espíritu de las personas que vieron esas obras de arte en el momento histórico en que fueron creadas. Sin embargo, me quedé maravillado con las arriesgadas líneas gráficas, asombrado por la sensación de estar asomándome siquiera un momento a un vibrante pasado cuya existencia desconocía, un pasado que seguía dando forma al presente de una manera que yo no había comprendido nunca. Durante una o dos horas fui pasando de un objeto a otro, ansioso en todo momento de ver más. Este libro me procura la esperanza de poder compartir la misma pasión que sentí en aquellos momentos y que he vuelto a sentir después en infinidad de ocasiones.

INTRODUCCIÓN

El error de Holmberg

Vista aérea

En el Beni

El avión despegó un día en que hacía un frío sorprendente para estar en pleno centro de Bolivia, y emprendió vuelo rumbo al este, hacia la frontera con Brasil. En cuestión de minutos, las carreteras y las casas desaparecieron de la vista, y las únicas huellas de la presencia humana pasaron a ser los rebaños esparcidos por la sabana como el espolvoreado sobre una bola de helado. Pero también acabaron por desaparecer de la vista. Para entonces, los arqueólogos habían sacado sus cámaras de fotos y no paraban de dispararlas con deleite.

Bajo nosotros se extendía el Beni, una provincia boliviana más o menos del tamaño de Illinois e Indiana juntos y casi igual de llana. Durante la mitad del año, la lluvia y la nieve derretida, procedente de las montañas del sur y del oeste, cubren la tierra y la tapizan con una lámina de agua móvil e irregular, imprevisible en su grosor, que termina por afluir a los ríos del norte de la provincia, los afluentes más altos de la cuenca del Amazonas. Durante el resto del año, el agua se evapora, y el intenso verdor de tan vasta llanura se

convierte en algo que recuerda, y mucho, a un desierto. Esta llanura tan peculiar, remota, a menudo inundada, era precisamente lo que había atraído la atención de los investigadores, y no solo por ser uno de los pocos lugares que hay en la Tierra habitados por gente que tal vez jamás haya visto a los occidentales armados con sus cámaras fotográficas.

Clark Erickson y William Balée, los arqueólogos, iban sentados en los asientos de delante. Erickson, de la Universidad de Pensilvania, trabajaba en colaboración con un arqueólogo boliviano que ese día no había podido venir, con lo cual dejó un asiento libre en el avión, que tuve la suerte de ocupar.^[1] Balée, de Tulane, es en realidad antropólogo, pero en la medida en que los científicos han ido apreciando el modo en que el pasado y el presente se alimentan de forma recíproca, la distinción entre antropólogos y arqueólogos se ha desdibujado bastante. Los dos son hombres de complejión muy distinta, como distintos son por temperamento y por intereses científicos, pero los dos iban por igual con la cara pegada al cristal, con idéntico entusiasmo.

Abajo, esparcidas por el paisaje, podían verse incontables islas de bosque, muchas de las cuales formaban círculos casi perfectos, amontonamientos de verdor en un mar de hierba amarillenta. Cada una de las islas se alzaba a casi veinte metros por encima de la llanura aluvial, permitiendo el crecimiento de árboles que de otro modo no resistirían la acometida del agua. Estos bosquecillos estaban comunicados unos con otros mediante calzadas, tan rectas como un disparo de escopeta, de hasta cuatro o cinco

kilómetros de longitud. Erickson está convencido de que todo este paisaje, de más de 150.000 kilómetros cuadrados, repleto de isletas boscosas ligadas unas con otras mediante esas calzadas, había sido construido por una sociedad tecnológicamente avanzada y populosa hace más de un millar de años. Balée, menos documentado en la región del Beni, se inclinaba por esa misma opinión, pero todavía no estaba suficientemente preparado para comprometerse con ella.

Erickson y Balée forman parte de un regimiento de estudiosos que en los últimos años han desafiado radicalmente las ideas convencionales sobre cómo era el hemisferio occidental antes de la llegada de Colón. En mi época de estudiante en el instituto, por la década de 1970, me enseñaron que los indios habían llegado a las Américas atravesando el estrecho de Bering hace más o menos trece mil años. Se pensaba que habían vivido sobre todo en grupos reducidos, aislados, y que su presencia había tenido tan escaso impacto en el medio ambiente que, incluso tras varios milenios de estancia, los dos continentes seguían en un estado poco menos que salvaje. Los institutos y las universidades siguen impartiendo hoy en día esas mismas enseñanzas. Una manera adecuada de resumir el punto de vista de personas como Erickson y Balée sería decir que para ellos este panorama de la vida de los indios es completamente erróneo.^[2] Los indios estuvieron en estas tierras desde antes de lo que se piensa, al menos a juicio de estos investigadores, y su presencia fue numéricamente muy superior a lo que se cree. Y tuvieron tal éxito al imponer su voluntad sobre el paisaje que en 1492 Colón

desembarcó en un hemisferio absolutamente marcado por la humanidad que lo había habitado.

Si se tienen en cuenta las tensas relaciones entre las sociedades blancas y los pueblos nativos, cualquier intento de indagar en la cultura e historia de los indios se convierte de por sí en motivo ineludible de un contencioso. No obstante, los estudios más recientes resultan particularmente controvertidos. De entrada, algunos investigadores —más bien bastantes, aunque no necesariamente de las generaciones más antiguas— se mofan de las nuevas teorías y las tildan de meras fantasías que brotan de una interpretación no ya errónea, sino casi caprichosa e incluso malintencionada de los datos, así como de una malévola interpretación de lo políticamente correcto. «No conozco prueba alguna de que en el Beni viviera alguna vez una población numerosa—me dijo Betty J. Meggers, de la Smithsonian Institution—. Afirmar lo contrario no pasa de ser el clásico ejemplo en el que lo deseable se impone a lo razonable».

En efecto, dos arqueólogos procedentes de Argentina y financiados por la Smithsonian han sostenido hace poco que muchos de los montículos de mayor tamaño son depósitos aluviales completamente naturales: en poco más de una década «una pequeña población inicial» podría haber construido los puentes que se conservan, así como los campos de cultivo elevados.^[3] Idénticas críticas se aplican a las nuevas afirmaciones de los estudiosos en torno a los indios, al menos según sostiene Dean R. Snow, un antropólogo de la Universidad Estatal de Pensilvania.^[4] El problema estriba, apunta, en que «es escasa la evidencia

que puede aportarse a partir de las pruebas etnohistóricas de que se disponen, aunque estas se pueden esgrimir de modo que nos digan lo que uno quiera». «Realmente, es muy fácil engañarse si uno quiere». Y hay quien sostiene que las nuevas afirmaciones se apoyan en los planteamientos políticos de quienes aspiran a desacreditar la cultura europea, porque las altas cifras que se aportan contribuyen a inflar la escala de las pérdidas sufridas por los nativos.

El que las nuevas teorías entrañen consecuencias directas para las batallas ecológicas que se libran hoy en día es otra fuente de nuevas discusiones. De manera consciente o no, buena parte del movimiento medioambiental se alimenta de lo que el geógrafo William Denevan llama «el mito de lo prístino»,^[5] esto es, la creencia de que las Américas eran en 1491 tierra prácticamente intacta, e incluso edénica, «incontaminada por el hombre», según se dice en la Ley de la Naturaleza de 1964, una ley federal de Estados Unidos que constituye uno de los documentos fundacionales del movimiento ecológico global.^[6] Como ha escrito William Cronon, historiador de la Universidad de Wisconsin, para los activistas y los verdes el restablecimiento de ese estado de antaño, considerado natural, es una tarea que la sociedad está moralmente obligada a emprender.^[7] No obstante, si ese nuevo planteamiento es correcto y si la obra de la humanidad lo ha impregnado todo, ¿en qué quedan los esfuerzos por restaurar la naturaleza?

El Beni es un caso modélico. Además de la construcción de carreteras, puentes, canales, diques, pantanos,

montículos, terrenos de cultivo elevados y, seguramente, canchas para jugar a la pelota, según ha sostenido Erickson, los indios que vivieron aquí antes de la llegada de Colón también capturaban peces en las llanuras estacionalmente inundadas. Esta actividad no se reducía a unos cuantos nativos con sus redes, sino que obedecía al esfuerzo de una sociedad en que cientos o miles de personas se dedicaron a construir entre un puente y otro densas redes en zigzag, hechas de arcilla, para capturar peces (o vallas para acorralarlos).[8] Buena parte de esa sabana es natural y es el resultado de las inundaciones de temporada. Sin embargo, los indios mantuvieron y ampliaron los pastos por el sencillo procedimiento de pegar fuego periódica y regularmente a grandes extensiones de terreno. A lo largo de los siglos, las quemas dieron lugar a un intrincado ecosistema de especies vegetales adaptadas al fuego en virtud de la «pirofilia» indígena. Los actuales habitantes del Beni siguen procediendo a la quema, aunque actualmente lo hagan sobre todo para mantener la sabana como pasto para el ganado. Cuando sobrevolamos la región, acababa de comenzar la estación seca, pero ya se veían largas rastrojeras en llamas. El humo se elevaba en el cielo formando grandes y trepidantes columnas. En las zonas calcinadas, tras el paso del fuego los árboles eran troncos renegridos, muchos de ellos pertenecientes a especies por cuya salvación están luchando los activistas.

El futuro del Beni es incierto, sobre todo en la región menos populosa, en la franja fronteriza con Brasil. Hay forasteros que desean crear en la zona ranchos latifundistas, como se ha hecho en muchas zonas de pastos

en Estados Unidos. Otros prefieren mantener esta región, tan escasamente poblada, en un estado lo más cercano posible a su versión silvestre.[9] Los grupos de indios locales miran esta última proposición con recelos. Si el Beni se convierte en una reserva de la «naturaleza», se preguntan, ¿qué organización internacional les permitirá seguir pegando fuego a los rastrojos en la llanura? ¿Suscribiría cualquier grupo extranjero la quema a gran escala de la Amazonia? Por el contrario, los indios proponen que el control de la tierra quede en sus manos. Los activistas, por su parte, consideran esta idea sin el menor entusiasmo. Algunos grupos indígenas de Estados Unidos, sobre todo en el suroeste, han tratado de promover el uso de sus reservas como depósitos para los residuos nucleares. Todo ello sin mencionar el asunto de las quemas.

El error de Holmberg

—No toques ese árbol —dijo Balée.

Me quedé de piedra. Íbamos subiendo por una ladera baja, de tierra quebradiza, y estaba a punto de sujetarme a un árbol escuchimizado, casi como una vid, con las hojas hendidas.

—Es un *Triplaris americana* —dijo Balée, experto en botánica de la selva—. Hay que ir con cuidado.

Me dijo que, en una alianza poco corriente, el *americana* hospeda colonias de hormigas rojas. De hecho, le cuesta trabajo sobrevivir sin el concurso de estas. Las hormigas horadan y ocupan túneles diminutos por debajo de la corteza. A cambio del refugio, las hormigas atacan todo lo que toque el árbol, sea un insecto, un ave o un escritor

desprevenido. La venenosa ferocidad de sus ataques ha dado pie al nombre que tiene el *Triplaris americana* entre los lugareños: es el árbol del diablo.[10]

En la base del árbol del diablo, dejando al aire las raíces, se encontraba la madriguera desierta de un animal. Balée escarbó algo de tierra con un cuchillo y luego me hizo un gesto para que me acercara con Erickson y con mi hijo Newell, que nos acompañaban en aquella expedición. La oquedad estaba repleta de cerámicas rotas. Se veía el borde de los platos y algo que parecía el pie de una tetera, precisamente en forma de pie, con las uñas pintadas. Balée extrajo media docena de piezas de cerámica: esquirlas de recipientes y de platos, un trozo de una barra cilíndrica que podría haber sido parte de una de las patas de una olla. Afirmó que al menos una octava parte del cerro, por volumen, estaba compuesta de fragmentos como esos. Se podía excavar casi en cualquier parte y encontrar restos semejantes. Ascendíamos por una pila inmensa de platos rotos. Esa pila lleva el nombre de Ibibate y, con una altitud de casi veinte metros, se levanta en uno de los montículos más elevados del Beni. Erickson me explicó que las piezas de cerámica seguramente se empleaban para construir y airear el terreno arcilloso, para darle un uso agrario o de asentamiento. Si bien esta explicación tiene sentido en el terreno de la ingeniería, dijo, no basta para que las acciones de los constructores de montículos de hace tantos años dejen de resultarnos misteriosas. Los montículos abarcaban una extensión tan enorme que difícilmente pueden ser producto de la acumulación de residuos. El monte Testaccio, la colina compuesta por trozos de

cerámica que se alza al sureste de Roma, era el basurero de toda la ciudad. Ibibate es más grande que el monte Testaccio, y solo es uno de los centenares de montículos semejantes que se alzan en la región. Es imposible imaginar que el Beni generase más basura que Roma; la cerámica de Ibibate, según Erickson, indica que un gran número de personas, muchas de ellas trabajadores cualificados, vivieron durante mucho tiempo sobre estos montículos, con animados festejos y bebida en abundancia. El número de alfareros necesario para fabricar semejantes montañas de cerámica, el tiempo preciso para llevar a cabo semejante labor, el número de personas necesario para dar alimento y cobijo a los alfareros, la organización de la destrucción y el enterramiento de las piezas a gran escala..., todo ello es una evidencia, según la línea de pensamiento de Erickson, de que hace un milenio el Beni por fuerza tuvo que ser la sede de una sociedad altamente estructurada, una sociedad que por medio de las investigaciones arqueológicas estaba solo empezando a ver la luz.[11]

Ese día nos acompañaban dos indios sirionós, Chiro Cuéllar y su yerno Rafael. Los dos eran fibrosos, morenos, imberbes. Mientras recorría a su lado el camino, me fijé en que los dos tenían pequeñas muescas en los lóbulos de las orejas. Rafael, animado hasta la fanfarronería, salpimentó la tarde con sus comentarios. Chiro, figura de cierta autoridad local, fumaba cigarrillos de la marca Marlboro hechos allí mismo y observaba nuestro caminar con expresión de divertida tolerancia. Vivían a menos de dos kilómetros de allí, en una aldea a la que se llegaba tras